

JOSÉ IGNACIO REY  
(Venezuela)

## Comunicación Alternativa: apuntes para una agenda

*Alternative Communication:  
notes for an agenda*

Sacerdote Jesuíta con amplia experiencia en el campo de la comunicación alternativa, pionero de los estudios de comunicación comunitaria en Venezuela. Miembro del Centro Gumilla y del Consejo Fundacional de la revista Comunicación. Autor de numerosos artículos sobre comunicación popular y participación. Profesor (retirado) de ética para el periodismo en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB).

© De conformidad por su autor para su publicación. Esta cesión patrimonial comprenderá el derecho para el Anuario ININCO de comunicar públicamente la obra, divulgarla, publicarla, y reproducirla en soportes analógicos o digitales en la oportunidad que así lo estime conveniente, así como, la de salvaguardar los intereses y derechos morales que le corresponden como autor de la obra antes señalada. Prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización del autor. Ley de Derecho de Autor. Gaceta oficial N° 4638 Extraordinario. 1º Octubre de 1993. Las fotos e imágenes utilizadas son estrictamente para uso académico.





Lo que siempre buscó la “comunicación alternativa” iba orientado a denunciar y evitar monopolios o concentraciones de poder comunicacional sin retorno, que obligaban por vía de hecho a los receptores a seguir siendo meros receptores pasivos. Se trataba de buscar estructuras comunicacionales que potenciaran la capacidad crítica y activamente emisora de todos los ciudadanos. En esa dirección, protesta y propuesta, simultáneas, inspiraron siempre tanto el discurso teórico como el accionar práctico de la “comunicación alternativa”.

En su momento, tales monopolios estuvieron en manos de un grupo muy pequeño de dueños de grandes medios de comunicación de masas (prensa y, sobre todo, radio y televisión) con enfoque mercantilista, básicamente financiados por la industria de la publicidad. El modelo obedecía a parámetros de sociedad de consumo y ahogaba en el receptor prácticamente cualquier otra iniciativa que no fuera la de comprar y seguir comprando. Obviamente, detrás del modelo, subyacía toda una concepción de la vida, personal y social, por demás reductora y alienante.

El monopolio y la concentración de poder comunicacional (si bien supuestamente ahora a nombre de las víctimas del modelo anterior!) tiende a ser, hoy y en algunos países, patrimonio del Estado, incluso en términos explícitos de “hegemonía comunicacional”. Esto no supone ningún

avance y, mucho menos, avance alternativo. La publicidad comercial ha sido reemplazada por la propaganda política. El receptor pasivo sigue siendo concebido como mero receptor pasivo, inducido al sometimiento y a la obediencia. El poder monopólico de minorías simplemente ha cambiado de manos.

A la búsqueda de romper cualquier monopolio, la “comunicación alternativa” pretendía potenciar en todo ciudadano, sin discriminación de ningún tipo, sus propias capacidades autónomas de respuesta libre y, sobre todo, de propuesta creativa. Se trataba de ayudar a convertir al receptor pasivo en emisor activo y constante. Se trataba de convertir el diálogo plural entre iguales en un entramado o tejido social estable, original e inédito, orientado a la construcción de sociedades auténticamente nuevas.

Acabar construyendo sociedades nuevas suponía empezar por crear e ir pacientemente ensayando y consolidando “organizaciones de base”. Siempre de abajo hacia arriba, nunca al revés. Proceso largo pero imprescindible. Ahí es donde entraban en juego, como instrumento práctico, los pequeños medios de comunicación, los así llamados “medios de comunicación de base”, laboratorio pequeño pero cercano para desmasificar, personalizar, relacionar, aprender a respetar, dar a conocer propuestas, canalizar iniciativas, etc.

Siempre se dijo que la “comunicación alternativa” suponía y/o propiciaba, en paralelo, una “educación alternativa”. Hoy es más necesario que nunca recordarlo. Una transformación a fondo de la sociedad es imposible al margen del sistema educativo. Ello es totalmente cierto, pero, de nuevo aquí, un Estado interventor, “hegemónico”, lejos de ser ayuda, fácilmente se convierte en obstáculo. Educar nunca es imponer contenidos, sino entrenar agentes sociales autónomos, abiertos y bien dispuestos a la relación. Nunca devienen en “democracias protagónicas” las que se originan en ciudadanos adoctrinados. Una revolución educativa auténtica libera y ensaya nuevas formas de relación, profesor-alumno, alumno-alumno, escuela-sociedad, sociedad-escuela. El problema es básicamente cualitativo, no tanto cuantitativo. La escuela está llamada a educar “hombres nuevos” y ella misma debe ser concebida como laboratorio privilegiado de ciudadanía y de democracia. Educación y comunicación son sólo dos facetas de

una misma virtualidad de crecimiento humano, lograda en algunos casos, abortada o frustrada en otros muchos.

Una nota final, por el momento. A estas alturas y gracias a prodigiosos avances tecnológicos, una “comunicación alternativa” actualizada no puede dejar de lado el fenómeno (en sí mismo positivo, sin dejar de ser ambiguo, por instrumental) de la así llamada “comunicación en red” o de las así llamadas, en su mera virtualidad, “redes sociales”. Sorprende que algunos investigadores de la comunicación, críticos en el pasado, aparezcan ahora seducidos y fascinados, sin más, por las nuevas tecnologías, como si las simples capacidades técnicas de respuesta inmediata o de emisión relativamente autónoma pudieran garantizar, en definitiva, una auténtica comunicación. Al respecto y reconociendo lo prodigioso de ciertos avances tecnológicos, nunca puede olvidarse que una auténtica comunicación –con su soporte, sí, pero trascendiendo a los medios propiamente dichos– implica o supone una relación humana entre ciudadanos y personas. Y uno tiene la sospecha fundada de que, en el mundo moderno de la globalización y las tecnologías –sin contar con el muy desigual acceso a dichos instrumentos–, sigue habiendo un déficit, grave y alarmante, de ciudadanos y de personas. Problema de fondo, no resuelto. Una bipolaridad poco más que “robótica” y generalmente anónima sigue quedando bien lejos de aquello a lo que aspiraba y aspira la “comunicación alternativa”.

